



2RV  
3184



M-60303  
F. 61088

(TRES PLIEGOS.)

ATV  
26143



## HISTORIA MILITAR Y POLITICA

DE

# D. TOMAS ZUMALACARREGUI,

Y DE LOS SUCESOS DE LA GUERRA DE LAS PROVINCIAS DEL NORTE,  
ENLAZADOS Á SU ÉPOCA Y Á SU NOMBRE.



Madrid.

Imprenta de José María Marés, calle de Relatores, núm. 17.  
1854.

# 1870-1871 MINTAGE



# HISTORIA

## ZUMALACARREGUI.

DE

••••• CUARTA EDICION. •••••

### CAPITULO PRIMERO.

*Su nacimiento.—Su familia.—Sus primeros años.*



NTRÉ los infinitos españoles que la fuerza de las circunstancias arrastró á la noble profesion de las armas la invasion de Napoleon en 1808, observamos no pocas celebriades militares, que sin los azares y conflictos de aquella época, no hubieran llegado á desarrollarse prestando un eminente servicio á la Europa entera, ni ofrecido á la *Historia de España* las honrosas páginas que tanto ennoblecen á sus hijos. Desgracia ha sido para esta nacion,

que despues de conseguido aquel universal objeto, la caida del capitán del siglo, nos hallamos divididos y envueltos en disensiones intestinas, y empleando contra nosotros mismos las armas, proveyendo á cada bando gefes bizarros y aguerridos que han hecho interminable la lucha, mas cuantiosos los sacrificios y dolorosos los resultados.

De este número ha sido D. Tomás Zumalacárregui, que si bien no brilló durante la guerra de la independencia, aunque desde luego tomó en ella parte activa, porque carecia del prestigio y autoridad que dan los años, ha acreditado despues en su carrera que era un genio, y que no en valde sus instintos belicosos le habian hecho mirar con tedio desde niño todo juego que no fuese de soldado ó de pelea, y pensar mas adelante en ser militar, respecto á que habiendo

muerto su padre cuando él tenía cuatro años, y trece hermanos, conocía que difícilmente podrían obtener la educación y colocación correspondiente a la clase y distinguida nobleza de la casa solariega de los Zumalacárregui, en el consejo de Ichaso, que tiene en el escudo de sus armas un jabalí al pie de un árbol, y por cuyos títulos de hidalgua, no menos que por las prendas personales de sus individuos, es mirada con cariñosa veneración en aquel país; así como todos los años se celebraba el día 29 de diciembre una solemnidad de familia, en la villa de Ormaiztegui, provincia de Guipúzcoa, aniversario del natalicio de nuestro protagonista, que tuvo efecto en igual día del año de 1788 en la casa llamada *Iriarte-erdicoa*.

Muerto su padre D. Francisco Antonio Zumalacárregui, escribano real y propietario de dicha villa, su viuda, doña Ana Imaz de Alcolaguirre, procuró con esmerado afán cuidar de la educación de sus hijos poniendo a la escuela a nuestro niño a la edad de cinco años, donde aprendió a leer, escribir y contar: y por pura afición, y sin recibir lecciones, llegó a leer con perfección admirable el idioma latino, distinguiéndose al mismo tiempo entre todos sus condiscípulos por la viveza de su genio, su carácter un tanto colérico, aunque noble, y que le hacía respetar y temer de ellos, y por la inclinación que tenía a organizarlos en partidas y batirse: lo cual hizo que su maestro D. Juan Antonio Arizpe Urrutia, predijese a la madre, que *Tomas sería algún dia un gran capitán; si emprendía la carrera de las armas a que parecía inclinado.*

A los trece años pasó a ejercitarse en la curia, al lado de su primo, D. Pedro José de Urrutia, escribano de Idiazabal, donde, melancólico y taciturno, permanecía siempre frío e impasible espectador de los juegos y diversiones de sus compañeros, en que nunca tomó parte.

Tres años después se dirigió a Pamplona a instruirse en la curia eclesiástica, con el procurador D. Francisco Javier de Ollo, padre de la que más tarde habría de ser su esposa; pero a los pocos meses sonó para España la hora del combate glorioso, que tan enaltecidá fama debía dar al nombre español en los anales del mundo; y desde aquel momento, ni las sosegadas tareas de su profesión, ni las delicias del primer amor, pudieron contener inerte a Zumalacárregui, que a la vista del levantamiento, que cual fluido eléctrico se comunicó instantáneamente a toda la nación, corrió al peligro llena su fantasía de ilusiones y de ensueños, y ardiente en deseos de celebridad y de gloria; porque era valiente desde niño, entusiasta por todo lo grande, por todo lo noble, por todo lo arriesgado.

## CAPITULO II.

*Guerra de la independencia.—Primer sitio de Zaragoza.—Acción de Tudela.—Se incorpora Zumalacárregui á la guerrilla de Jaúregui.—Pasa comisionado á Cádiz.—Su ascenso á capitán.—Sitio de San Sebastián y batalla de San Marcial.—Se le tacha de poco afecto al sistema constitucional, y se le separa de su regimiento.—Consecuencias de esta injusticia.*



VOLÓ el joven Zumalacárregui á Zaragoza á defender la independencia de su país y el trono de sus reyes. El 8 de junio de 1808, se inscribió voluntario en el 5.<sup>º</sup> tercio de zara-gozanos, denominado después batallón del Portillo, y en él militaba y recibió el bautismo de los combates cuando tuvo lugar el primer sitio de aquella ciudad, que dentro de poco debía aumentar sus honrosos títulos con los justamente merecidos de *heróica e inmortal*; porque cuenta el número de sus

héroes, por el de sus habitantes.

Conocida por los franceses la importancia de Zaragoza, pábulo de las mas dulces esperanzas de todos los españoles, especialmente de los que se hallaban en puntos dominados por aquellos, pusieron el mayor conato en sojuzgarla; establecieron el sitio con 40,000 hombres de sus aguerridas tropas, al mando del mariscal del imperio, Lefevre; pero aunque no tenían otras murallas que destruir que el diamantino pecho de los sitiados, viéreronse bien pronto diezmadas sus huestes, y en la necesidad de reforzarlas; y el emperador que atribuía á impericia del jefe, mas que al fabuloso valor de los zaragozanos la ineficacia del sitio, lo encomendó sucesivamente á Verdier, á Moncey, á Mortier y al duque de Montebello.

Preciso es hacer aquí mérito del general ilustre y esforzado que supo conquistarse en los dos sitios de dicha ciudad una celebridad nacional y una alta reputación europea. El señor don José de Palafox y Melci, elevado por aclamación unánime de todo un pueblo, á la dignidad de capitán general de aquel distrito, resistió los perniciosos consejos de la junta de Madrid para que no hiciera frente á los invasores, con igual energía que rechazó los combinados y certeros ataques de estos. Celoso, infatigable y valiente, tan pronto salía para proveer la plaza de los recursos que ya escaseaban, como para atacar

á los enemigos en sus campamentos; y siempre entre los defensores, siempre en el peligro, sabia alimentar la esperanza, alentar el valor.

Grandes y notables servicios prestó á la causa de la independencia española; en aquellos días de prueba, el batallón del Portillo, en que ya servía Zumalacárregui en clase de distinguido en que le había colocado su misma bizarria, sus privilegiadas dotes. Sufria con ánimo contento y resignado todas las privaciones y peligros sin amilanarse á la vista de tanta muerte como derramaba en torno suyo el fuego del enemigo, no menos que la epidemia de que se vieron acometidos. En los puntos de riesgo mas intenso y donde el combate fue mas encarnizado, allí tuvo la suerte de hallarse Zumalacárregui; y firme al pie de una tronera en el ataque comenzado por el Portillo, acudió con su batallón á hacer frente al que del lado de Santa Engracia emprendió después el enemigo; y puede decirse que en los días 3 y 4 de agosto echaron el resto los sitiadores, y los sitiados se escedieron así mismos en heroísmo y bravura, y que en ellos aprendía nuestro soldado á familiarizarse con los peligros, y pudo proveerse del valor, tesón y firmísima constancia, que no dejó ya de mostrar en toda su carrera; pues el que permaneció firme y sereno en la madrugada de dicho dia 4 al frente de una formidable batería francesa, viendo destruidas las nuestras, y practicables las brechas; el que entusiasta repitiera la voz de *guerra á cuchillo*, con que respondiera el ilustre Palafox á la propuesta de *paz y capitulación*, que en el combate hiciera el general francés, predestinado estaba para ser el caudillo de un ejército y pilar robusto de la causa que abrazase.

Terminado el primer sitio de Zaragoza, se halló Zumalacárregui en otra acción no menos distinguida, la de Tudela. Reunidos en este punto en consejo de guerra, los hermanos Palafox y el general Castaños, para tratar de si era ó no conveniente defender á Zaragoza de la segunda embestida que el audaz enemigo le preparaba, se vieron sorprendidos, y tuvo que salir nuestro ejército, fuerte de veinte mil hombres, á hacer cara al enemigo. La quinta división y los aragoneses, entre los cuales marchaba el jóven Zumalacárregui, fueron el sostén del pabellón español; hasta que atacados repetidas veces por fuerzas muy superiores, quedaron envueltos, y el que pudo escapar llegó á Zaragoza lleno de cansancio y fatiga. Nuestro novel soldado fue uno de estos, que ansioso de venganza, veía aumentarse su deseo de humillar las altaneras águilas francesas.

Alentados los franceses con el éxito de la batalla de Tudela, preparaban á Zaragoza un segundo y mas y glorioso sitio. Numerosas fuerzas se presentaron delante de sus muros el dia 20 de diciembre, y apoderados de Monte-Torrero, trataron de bloquear la plaza, y empezaron poco después á abrir la brecha. Para interrumpir los trabajos de

los sitiadores, hicieron los españoles una salida el 31, y aunque de ella volvieron con doscientos prisioneros, esto no impidió que Zumalacárregui, que había ido en la descubierta, sufriese la misma suerte; pero su natural viveza y perspicacia, le proporcionaron pronto la evasión, y una noche, aprovechándose de la oscuridad y de la confusión del campamento, logró escapar de manos de los franceses, no sin gran trabajo y terrible exposición, dirigiéndose instintivamente hacia su país natal, á donde llegó al cabo de algunos días, estenuado de cansancio y de fatiga. Los cuidados del hogar doméstico, pusieron pronto á nuestro soldado en disposición de continuar sus servicios; y como por aquella sazón empezase á formar su guerrilla el célebre D. Gaspar de Jáuregui, conocido por el Pastor, corrió á ofrecerle su acero, templado ya en Zaragoza y Tudela. Con los brazos abiertos recibió Jáuregui á su compatriota, y le nombró su secretario, con cuyo carácter y como segundo jefe, de las partidas de aquél, se halló el 24 de setiembre de 1809 en la acción de Azpiroz; el 29, en la de Oyarzun; el 2 de noviembre, en la de Tieba; el 3 de enero, del siguiente año, en la de Santa Cruz de Campezo; y el 8 de febrero, en la del Carrascal: acciones todas que fueron una larga serie de triunfos que, aunque aislados, prepararon la victoria gloriosa y completa de un pueblo que, valeroso, sacude el yugo de sus opresores.

A principios de abril de 1810, cuando ya estaba más regularizada la guerra y más en orden los elementos de defensa, entró á servir Zumalacárregui en el primer regimiento infantería de Guipúzeoa, concurriendo en clase de oficial, á las acciones de Villareal, del Puente de Belascoain y de Unzue, que este regimiento sostuvo con gloria en los primeros días de setiembre de dicho año; á las de Irurzun, Urrestilla, Ataun, Azcoitia y Puertas de dicha villa, en 1811; y á las de Arrechavaleta, inmediaciones de Vergara, Loyola, Villareal de Zumarraga, Segura, Azpeitia y Vergara, en 1812; mereciendo á fines de este año la distinción de ser comisionado para dirigirse á Cádiz, y obtener la confirmación de los despachos de los jefes y oficiales del regimiento, como se verificó pronta y cumplidamente, cual era de esperar de su natural despejo y notoria capacidad, no sin que contribuyese al buen éxito de sus pretensiones la feliz casualidad de hallarse como diputado en la isla gaditana su hermano el Sr. D. Miguel Antonio de Zumalacárregui, cuya coyuntura aprovechó también en favor suyo, agujoneado por el natural deseo de adelantar en su carrera, y consiguió el despacho de capitán efectivo.

Terminada de un modo tan lisongero la comisión que le condujo á Cádiz, se trasladó á las provincias á mediados de 1815, época en que la guerra tocaba á su fin; y participando del común deseo de los pueblos que ansiaban *paz y gobierno*, se incorporó presuroso al

regimiento, y contribuyó á acelerar la terminacion de la guerra en las acciones de Descarga, Irrazain, Sasiola, Mendano y Salinas, conduciéndose en todas ellas con no menos discrecion que bizarria, hallándose igualmente en la importante toma de la ciudad de San Sebastian, con el ejército anglo-hispano, en que le tocó entrar por una brecha.

En aquellos dias fue agregado al cuarto ejército á las órdenes del general Freire, y tuvo parte en la memorable batalla de San Marcial el 31 de agosto, que tan notablemente contribuyó á enaltecer las glorias españolas, por los heroicos esfuerzos que en ella tuvieron lugar, á proporcion del empeño que los franceses tenian en socorrer á los sitiados en San Sebastian. Perdieron la vida en aquella famosa jornada mil seiscientos cincuenta y ocho españoles, de cuyo singular mérito dió honroso testimonio el ilustre lord Wellington, cuando dijo: que los españoles se habian portado en ella como las mejores tropas del mundo. Faltos de auxilio los sitiados, capitularon el 8 de setiembre, y la division guipuzcoana, en que servia Zumalacárregui, pasó á dar guarnicion á dicha plaza, donde aplicado y laborioso por caracter y por costumbre, dedicó los ratos de ocio al profundo estudio de la táctica, estudio que tanto habia de contribuir á su posterior celebridad: en este tiempo sonó para la España la hora del reposo; y volvieron las cosas al estado que tenian antes de la guerra. En fines de agosto de 1815 pasó á mandar una compañía del regimiento infantería de Borbon: licenciado este á mediados de 1818, fue colocado con igual graduacion en el de Vitoria, y desde 1.<sup>o</sup> de marzo de 1821 en el de las Ordenes militares, 33 de línea.

Un año hacia entonces que se habia restablecido en todo su vigor el sistema constitucional, y por consecuencia natural de una reaccion tan violenta como la de 1814, las exigencias del partido liberal eran más estremadas, y sus opiniones mas intolerantes, bastando ser uno un poco frio ó prudente para adquirir la nota de desafecto. Esta calificacion mereció Zumalacárregui de los oficiales de su regimiento, por su continente grave y su silencio, quienes en union de sus jefes solicitaron su espulsion del cuerpo; y aunque reconocido posteriormente este error, solicitaron tambien su reposicion, y la obtuvieron, permaneciendo dos años despues al frente de la compañía, agasajado y estimado por los mismos que hicieran á su honor tan honda herida: su conducta en lo sucesivo no podia ser dudosa: devoraba en silencio la ofensa sin olvidarla; y de este modo, el que pudo haber sido un firme sostenedor de las libertades patrias habiéndosele guardado las consideraciones que merecia, llegó á ser caudillo eforzalo é inteligente de las partidas de descontentos que por todas partes pululaban, y vino mas tarde á proveer de general á un ejército valiente y numeroso.

### CAPITULO III.

1821.—Pronunciamiento realista en Sangüesa.—Piensa Zumalacárregui abandonar la carrera militar.—1822.—Recibe orden de parar á Vitoria.—Ofrecimientos de Quesada.—Los rechaza y vuelve á Pamplona.—Ocurrencia que le obliga á pasar á Francia.—Asciende á teniente coronel.—Acciones de Benavarre, Nazar y Asarta.—1823.—Se vindica de las imputaciones que le hacen.—Célebre sorpresa de Larrasoña.—Invasion francesa.—Acciones en la vanguardia del ejército francés.



FINES de 1821. el partido realista fuerte, audaz y ébrio de venganza, aceleró su pronunciamiento en Sangüesa, cuando falto aun de la necesaria madurez y de la conveniente preparacion, no podia menos de abortar, y 500 hombres que mandaba la bandera del absolutismo, levantada con mano trémula por Melida, Eraso y Villanueva, el 10 de diciembre en Barasoain, fueron dispersados y derrotados. Puede asegurarse que por entonces Zumalacárregui solo pensaba en sus intereses particulares. El gobierno habia mandado que se premiase la lealtad y bizarria de los oficiales del ejército con destinos en Rentas y plazas en la Administracion Militar, y Zumalacárregui hizo sus solicitudes; mas su hermano D. Miguel, que no queria se marchitasen en flor las esperanzas que su genio y su valor le habian hecho concebir, empleó todo su influjo para que no se le diese curso; y el interesado, que ignoraba la causa del mal éxito, se llenó de hastío y disgusto. En este estado pasó su regimiento desde Zamora á Pamplona, donde se aglomeraban fuerzas que sofocasen la insurrección si otra vez volvia á renacer, con cuyo motivo hubo de pasarse revista á los antecedentes políticos de cada uno de los oficiales del ejército, para espurgar á los sospechosos, en la que Zumalacárregui no pudo salir muy favorecido, aunque este recelo no se justificaba, recibió orden de pasar á Vitoria con otros dos oficiales del mismo regimiento, y los tres emprendieron su viaje; pero una partida de ladrones, capitaneada por el feroz y desalmado carnicero de Tolosa, se apoderó de ellos, hasta que al cabo de quince dias quedaron en libertad, á beneficio de la persecucion que sufrian sus opresores por

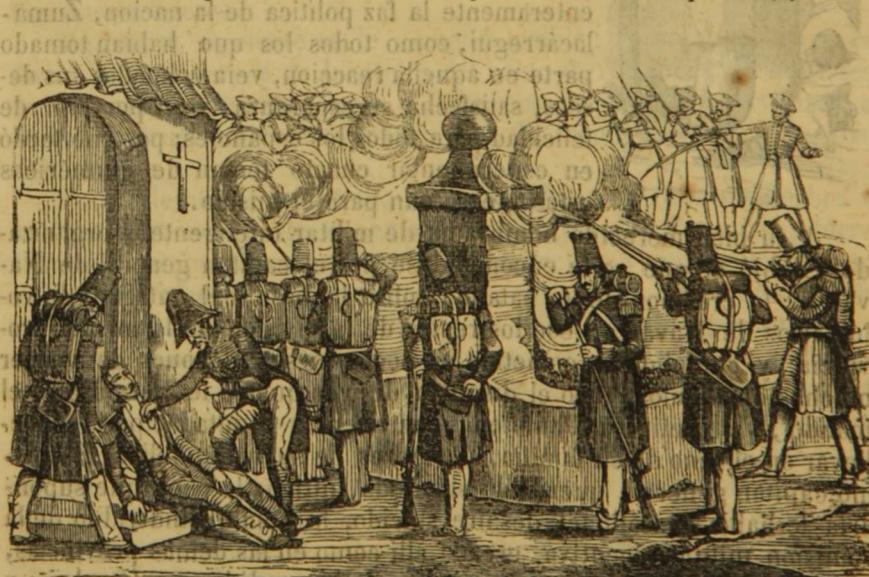
parte del general Quesada, que concibió la idea de catequizar á los tres oficiales para engrosar sus filas. A este propósito no hubo consideracion ni agasajo que nousase con ellos, siendo Zumalacárregui el objeto de su atencion. Empleó todos los medios persuasivos de seducion, pintándole por un lado la ingratitud de los liberales, y por otro la halagüeña perspectiva que ofrecia á su porvenir una causa que juzgaba de acuerdo con sus principios. Y aunque en el fondo no careciese todo de exactitud, prefirió no abandonar las filas constitucionales; para parecer mas intachable y mas leal por lo mismo que se había arrojado sobre él la nota de sospechoso; y por consiguiente, sin contradecir al general, protestó su gratitud, por que despues de salvarle de las garras de los asesinos, le acogia con tanta benevolencia y le hacia tan sinceros ofrecimientos. Persuadido entonces Quesada de la inutilidad de sus gestiones, les manifestó la imposibilidad de llegar á Vitoria sin tropezar con obstáculos mas invencibles y peligrosos, aconsejándoles que se volviesen á Pamplona, donde podian reponerse de sus quebrantos, y hacer alarde de su fidelidad. Así lo verificó Zumalacárregui; pero su repentina aparicion en una ciudad de donde acababa de ser expulsado, no se atribuyó á una causa forzada, sino al deseo de sobornar oficiales para la faccion. Esta nueva calumnia tomó tal incremento que exasperada la víctima, concluyó con fugarse á Francia.

A mediados de agosto de 1822 se presentaron en el alojamiento de Quesada, en el pueblo de Almundoz, valle del Bastan, Zumalacárregui y sus dos compañeros. No es fácil describir la benévolia acogida que el general les dió; pues tomaba como un feliz augurio para su causa la espontánea presentacion de tantos oficiales inteligentes y bizarros, que el fanatismo intolerable de los constitucionales arrojaba á las filas del absolutismo. El seguindo batallon de la division navarra se hallaba sin jefe. Quesada puso á su frente al capitán Zumalacárregui, con el grado de teniente coronel, conociéndose á los pocos dias su influjo en la organizacion y disciplina del mismo cuerpo. Ningun movimiento se emprendia sin su consejo; por él se diseminaron las fuerzas realistas, reunidas antes imprudentemente por Quesada: bajo su direccion se dió el ataque de Bolea, el 3 de setiembre: el de Benabarre, el 18 del mismo; y otros varios en què salió triunfante; y por haberse arrojado el general sin su acuerdo, á la temeraria empresa de sorprender á Vitoria, sufrió un horroroso descalabro en 26 de octubre entre Nazar y Asarta, que le hizo perder la simpatia de los navarros y emigrar á Francia. Del mismo reino vino á encargarse del mando el general D. Carlos O'donell, y adoptando un sistema diametralmente opuesto al de su antecesor, subdividiendo las fuerzas en pequeñas partidas, que no podian obte-

ner nunca un resultado decisivo, conoció el disgusto que esto producía, y se volvió á Francia, sucediéndole D. Santos Ladron.

El 9 de enero de 1823 emprendió Zumalacárregui la sorpresa de una columna que se hallaba en Estella, donde penetró con su batallón hasta la plaza de Santiago, pero fue auxiliada de 2,000 hombres teniendo precision de retirarse aquel á las montañas de Salazar y Aezcoa, donde se guarecía la junta realista, de cuya custodia se hallaba encargado; y poco despues tuvo que vindicarse de otra falsa imputacion de sus émulos que supusieron haber sido sorprendida esta junta.

En seguida pasó á Francia para recibir de O'donell y custodiar á Navarra el armamento y equipo para toda la division. Doce dias tardó en evacuar esta comision, y tuvo tiempo de hallarse en la accion de Larrasoña el 20 de marzo, en que los constitucionales dejaron en el campo 400 soldados y 700 prisioneros. Poco tiempo despues entraron las tropas francesas. Los batallones segundo y tercero de Navarra formaban la vanguardia del segundo ejército francés, á las órdenes del general Molitor. Este se dirigió á Aragon, y Zumalacárregui se halló en la rendicion de Monzon; en la destrucción de una fuerte columna que salió de Lérida para auxiliar á aquellos; y final-



menta, persiguió con su batallón una columna de caballería que mandaba el general San Miguel. En seguida concurrió tambien al bloqueo y rendicion de Lérida.

## CAPITULO IV.

1824.—Organiza Zumalacárregui el batallón ligero provincial de Navarra.—Queda sin colocación y pasa á Pamplona.—Es nombrado individuo de la comisión militar.—1825.—Recibe los despachos de teniente coronel de Cazadores del Rey.—Desempeña las funciones de coronel.—1828.—Pasa al regimiento del Príncipe.—Admira el Rey Fernando en Zaragoza la brillantez de este cuerpo.—1829.—Es promovido á coronel del de Voluntarios de Gerona.—Reorganiza los cuerpos de inválidos del reino de Valencia.—Concurre con su regimiento á Madrid para solemnizar la entrada de la Reina Doña María Cristina.—Celos y rivalidades que escita.—Sus consecuencias.—Pasa de gobernador al Ferrol.



NA vez conseguido el triunfo general y cambiada enteramente la faz política de la nación, Zumalacárregui, como todos los que habían tomado parte en aquella reacción, veía colmados sus deseos, satisfecha su esperanza, y un porvenir de felicidad para todos los españoles; pero no tardó en experimentar cuánto tenían de químéricas estas ideas, aun para él mismo.

A su bien merecida nombradía de militar inteligente y organizador, debió el que se le encomendase por el capitán general de Navarra, la creación de un batallón sobre la base del antiguo de voluntarios de Navarra, con los restos de la división de la misma provincia; y cumplido su cometido en pocos meses, después de vencer muchos obstáculos, tuvo el disgusto de ver que se le diera á otro el mando, y se retiró á Pamplona con licencia ilimitada, para sobre llevar en el seno de su familia los rigores de su vida pública. El mismo capitán general, queriendo sin duda mitigar la pena que supondría le había causado el desaire sufrido, le nombró individuo de la comisión militar ejecutiva, creada allí como en las demás provincias, á mediados de 1824 para castigar los delitos políticos y de robos; y aunque Zumalacárregui no se hallaba dotado de la dureza y crudelidad necesarias para llenar los deseos del gobierno en aquellas comisiones de sangre, cuyo tirano y sultánico reglamento amenazaba de muerte la existencia de la mitad de los españoles, hubo de admi-

tir el cargo, y en él se condujo con la lenidad y templanza propia de sus buenos sentimientos.

El 23 de agosto de 1825 recibió los reales despachos de teniente coronel del regimiento infantería cazadores del Rey, primero de ligeros, con antigüedad desde igual dia del año 1822, y desempeñó las funciones de coronel por espacio de catorce meses; con el mismo empleo pasó al regimiento del Príncipe, tercero de línea, que á principios de 1828 estaba de guarnicion en Zaragoza, y el coronel prendado de su pericia, delegó en él todas sus facultades. Al momento se conoció la influencia de Zumalacárregui en el manejo de un cuerpo; y así es que el del Príncipe se distinguió tanto en un simulacro que se celebró para festejar á SS. MM. de vuelta de Cataluña, que el rey hizo llamar á los geses superiores del mismo, y felicitó á su coronel por los positivos resultados de su celo; y habiendo contestado este con laudable modestia, que todo era debido al teniente coronel, repuso el rey: «celebro saberlo, pues no quiero que tan brillante oficial espere por mas tiempo nn grado que tan merecido tiene.» Tanto satisfizo á Zumalacárregui esta manifestacion, que se juzgó suficientemente compensado de todos sus afanes. El 4.<sup>º</sup> de febrero de 1829 fue promovido á coronel del regimiento voluntarios de Gerona, tercero de ligeros.

En marzo siguiente se le cometió tambien la organizacion y reforma de los cuerpos de Inválidos del reino de Valencia, lo que efectuó tan cumplidamente, que á los pocos meses podia rivalizar en orden, instrucion y buen porte, con la tropa mas lozana y jóven del mundo.

Para solemnizar la entrada de Doña Maria Cristina de Borbon en la Corte, al tiempo de su enlace con el rey D. Fernando, fueron llamados los cuerpos mas lucidos del ejército, y entre ellos el regimiento de infantería de Estremadura, catorce de línea, que mandaba Zumalacárregui desde mediados de 1829, notable por su brillante porte, y por la instrucion que manifestó en los simulacros que entonces tuvieron lugar; y estas circunstancias que debieran proporcionar un ascenso á su jefe, sirvieron solo para escitar celos y envidia, que empezaron á significarse por privar á este del grado inmediato que se dió por regla general á todos los coronels de los cuerpos que se hallaban en Madrid; y despues por hacer salir el regimiento para el Ferrol, de cuya plaza fue nombrado gobernador el coronel Zumalacárregui, donde tuvo ocasiones, contra las ideas de sus detractores, de figurar en primer término por su inteligencia, su pericia y su infatigable celo en el desempeño de las comisiones de alguna importancia que naturalmente debian recaer en él, pudiendo decirse, que esta posicion inauguró su vida pública.

ab el que se suspende, y habiendo el uno ejercido en lo suyo lo más  
CAPITULO V.

1832.—Importante descubrimiento y exterminio de una sociedad de  
ladrones.—Nueva calumnia por consecuencia de este servicio.—  
Se le separa del gobierno del Ferrol y del mando del regimiento, y  
se le sujeta á un proceso.—Resultado feliz de este.—1833.—Pide  
licencia ilimitada para Pamplona.—Entrevista secreta con Dón  
Carlos en Madrid.—Primeros síntomas de insurrección.—Impe-  
ciencia de Zumalacárregui por salir á campaña.—Huye de Pam-  
plona.—Le proclaman los realistas por su caudillo.—Sus prime-  
ros planes.—Célebre acción de Nazar y Asarta.



TIENDO Zumalacárregui gobernador del Ferrol se le dió el muy espinoso cargo de des-  
cubrir y aniquilar una sociedad de ladro-  
nes que tenía atemorizado el Ferrol y sus  
contornos, y á poco tiempo hizo presos á  
mas de cuarenta individuos, incluso el

jefe principal; mas la sociedad, que contaba unos veinte años de  
existencia, y se hallaba perfectamente organizada, con los sujetos  
de mas prestigio y caudal de aquella tierra, millonarios algunos, de-  
bió proponerse perder ó cuando menos apartar del Ferrol al hombre  
inexorable que se había resistido á los halagos del oro lo mismo que  
á las amenazas. Al efecto se supuso que el coronel gobernador Zu-  
malacárregui y su regimiento, trataban de apoderarse del arsenal  
y de ciertas autoridades en la noche del 20 de octubre de 1832,  
para oponerse al real decreto de 6 del mismo, en que el rey auto-  
rizaba para el gobierno del Estado á su augusta esposa; y aunque  
esta nueva calumnia debió quedar completamente desvanecida con  
la conducta que él y su tropa observaran, el comandante general del  
apostadero había reunido toda la tropa y dependientes de Marina en  
el arsenal, dando así importancia á unos anónimos, fraguados quizás  
por los mismos ladrones, siendo el resultado separarle del gobierno  
y del mando del regimiento, y procesarle; y á pesar de qué por fin  
el Consejo supremo de la Guerra le declaró inocente y digno de las  
bondades de S. M., no se estimó conveniente colocarle. Entonces  
solicitó y obtuvo la licencia ilimitada para Pamplona; y antes de mar-  
char á aquel destino, instigado de su mala suerte y de ciertos su-

getos que se hallaban al frente de la conjuracion carlista, tuvo una entrevista secreta con el infante D. Carlos, en que le ofreció sus servicios y su espada: y S. A. le contestó que esperase en Pamplona los acontecimientos.

Muchos y muy importantes fueron los que tuvieron lugar en el año de 1833, haciendo mas difícil y complicada la situación de España; pero la lucha estaba contenida por la vida precaria de un hombre próximo á exhalar el último aliento; y cuando el 29 de setiembre descendió á la tumba el rey D. Fernando VII, los apasionados de D. Carlos, que ya habian manifestado sus tendencias en varios puntos, se arrojaron á la arena.

Impaciente estaba el coronel Zumalacárregui por salir á campaña en el momento de recibirse en Pamplona la noticia de la muerte del rey; pero las lágrimas de su familia, pudieron contenerlo por entonces, hasta que recibió una carta de Eraso, previniéndole que saliese á ponerse al frente de los valdorveses. Al mismo tiempo recibió otra comunicacion de Uranga para que se viniese: asi lo verificó inmediatamente, y los dos juntos se dirigieron á Vitoria donde se propuso á Zumalacárregui si queria pasar á Castilla á ponerse al frente de la fuerza que acaudillaba Merino, ó bien á Navarra á colocarse á la cabeza de los resueltos provincianos, y aceptó ésto último.

En el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona se divisaba una mañana del mes de octubre de 1833, un grupo compacto y numeroso de soldados carlistas, que mustios y abatidos, expresaban en su aspecto el estado precario de su causa. Conversaban en este sentido, cuando vieron dirigirse hacia ellos un hombre envuelto en una capa y con boina y alpargatas á estilo del pais, y como por instinto, á medida que se iba acercando se animaban sus semblantes, y el apiñado grupo le abria paso hasta su centro. Llegó, en fin, y cuando rodeado de toda aquella gente se dió á conocer, el mas ferviente entusiasmo se apoderó de todos, que levantando en alto los fusiles, lanzaban gritos de júbilo marcial, y llenaban los aires con la voz unánime y atronadora de *viva Zumalacárregui!* El por su parte tambien revosaba de alegría. Su fisonomía expresiva y un si es no es severa, revelaba en aquellos momentos toda la expansion de su alma; sus ojos negros querian salirse de sus órbitas de placer; le parecia ver realizados sus sueños de gloria, y próximos á satisfacerse sus deseos. Frisaba entonces en los 45 años: era su estatura regular, ancho de espaldas, los hombros desnivelados por efecto de una caida: de tez morena y casi siempre pálida; pelo negro, mirada perspicaz y centelleante, expresion triste y pensativa, y con vigote unido á las espesas patillas era un conjunto imponente y á veces amenazador, conociéndose muy á las claras en su figura y modales que

habia nacido para mandar, y que estaba predisposto para dirigir la suerte y poner muy altas las esperanzas de un partido que las tenia abatidas. Iturrealde fue el primero que le disputó el mando, enviando dos compañías para arrestar á Zumalacárregui; mas este, apoyado en ese influjo y ascendiente que los hombres de mérito ejercen, se adelantó y previno con firmeza al jefe que mandaba la fuerza, que de orden suya procediese al arresto del general Iturrealde; lo que efectuó inmediatamente; y conduciéndole á su presencia, el generoso Zumalacárregui le nombró su segundo, manifestándole que á no disponerlo el rey, á nadie cederia el mando mas que á Eraso, que habia sido el primero en proclamar á Carlos V.

Dueño absoluto del campo carlista, fue uno de sus primeros pensamientos el nombrar una junta económica, encargada de recaudar los intereses y acopiar subsistencias, armamentos, vestuario y municiones; y libre de este cuidado, se dedicó á organizar las fuerzas por batallones, instruirlos y disciplinarlos; proveyendo á cada soldado de una vaina, canana, capote gris, pantalones encarnados, zapatos y dos camisas: estableció un sistema de espionage admirable; y como complemento de su plan, previno por un bando el bloqueo de todos los puntos fortificados por las tropas de la Reina creando al efecto un cuerpo de aduaneros.

En este estado quiso Zumalacárregui hacer su primera tentativa sobre Bilbao, objeto constante de su ambicion y causa primordial de su desgracia; librando una accion en los pueblos de Nazar y Asarta, donde se situó con 6,000 hombres. El general Lorenzo, unido á la columna de operaciones de Aragon, marchaba resuelto contra los enemigos; y en fin, el 29 de diciembre tuvo efecto este combate, en que diferentes veces balanceó la victoria; y Zumalacárregui, prefiriendo á un resultado aparentemente glorioso la conservacion de su gente, se retiró á Santa Cruz de Campezu.



## CAPITULO VI.

1834.—Se introduce Zumalacárregui por sorpresa en la ciudad de Vitoria.—Prisioneros de Heredia.—Se confía al general Quesada el mando del ejército.—Inútil tentativa para separar á Zumalacárregui del partido carlista.—Estatuto Real.—Tratado de la Cuadruple alianza.—Acciones de Alsasua y de las Dos-Hermanas.



G

UANDO Zumalacárregui sus tropas por caminos escusados logró introducirse por sorpresa dentro del recinto de la plaza de Vitoria, pero fue rechazado; y ciego de cólera, habiendo tropezado en Alegria con un destacamento constitucional que por fin se le rindió, les hizo fusilar, dando por la primera vez de su vida un ejemplo de残酷, que tuvo después bastantes imitadores.

El general Valdés, más activo que afortunado, fue reemplazado en el mando del ejército, a principios de febrero, por D. Vicente Genaro Quesada, marqués de Moncayo. El gobierno creyó entre otras cosas que este general tendría alguna influencia sobre el caudillo carlista, su subordinado y amigo en otros tiempos; y en consejo de ministros se ofició si convendría atraer por medio de halagüeñas promesas a Zumalacárregui. Acogida unánimemente esta idea, consideraron conducente la cooperación de su hermano D. Miguel Antonio Zumalacárregui, antiguo y acreditado liberal y magistrado íntegro y respetable, quien fue llamado con reserva a la secretaría de Estado. Acudió, y delante de todos los ministros se concretó a hacer alguna indicación acerca del carácter de su hermano, y la pundonorosa nobleza de sus sentimientos; en cuya virtud se acordó que el mismo hermano tuviese con él una entrevista. El Sr. D. Miguel fue con este objeto hasta Logroño, y desde allí escribió a su hermano en los términos más afectuosos, pintándole cuán falsa era su posición y la de cuantos seguían las banderas de D. Carlos; que por efecto de las persecuciones que sufrió en el Ferrol, le decía, no debía volver nunca la espalda a su patria ni a su Reina; que podía confiar en las promesas de Quesada, que gozaba de la más alta consideración del gobierno y que si quería proporcionar una entrevista, quedarian desvanecidos todos sus escrúpulos y disipada cualquier desconfianza que pudiera tener. En el mismo sentido escribió el general. Mas el jefe carlista,

que fijaba la mirada en sus numerosos y bien organizados batallones, contestó: «Que necesitaba consultar una medida de tanta consecuencia, con los cuerpos, y con los sugetos de rango y de ilustracion que había allí y estaban como él interesados en el asunto.» Este medio evasivo le pareció el mas adecuado para rechazar unas proposiciones que en su concepto no tenian origen en la espontánea voluntad de su hermano, sino que era un lazo que le tendía el gobierno de Madrid, y en que prendido una vez, quedaría por siempre mancillado su honor, desvanecidas sus esperanzas y enteramente perdido su porvenir.

Viendo el gobierno que la rebelion se estendia á todas las provincias; y que ni los medios diplomáticos, ni los ejércitos numerosos bastaban para convertir en amigos tibios á los que eran implacables enemigos, dió á luz en abril el *Estatuto Real*, que ni satisfacia á los unos, ni dejaba de alarmar á los otros. Despues hizo que entrase en Portugal el general Rodil, porque temia se nos entrase D. Carlos en España; y finalmente, entonces tuvo tambien efecto el tratado de la Cuaduple alianza, que solo sirvió para concebir esperanzas que no tardaron en desvanecerse,

El general Quesada salió de Salvatierra el 22 de abril, escoltando un numeroso convoy de enfermos, de caudales, y diferentes efectos para Pamplona; y se propónia operar sobre el valle de Araquil, para bajar el orgullo á Zumalacárregui: este no tenía menos deseos por su parte de dar á aquel una severa lección, y salió presuroso á su encuentro, tomando posiciones en la colina en que descansa el pueblo de Alsasua, precisamente en el punto en que sus entusiastas soldados le habían aclamado su caudillo. Tenía allí once batallones y tres escuadrones. Antes de empezar el ataque usó Quesada una baladronada que el jefe carlista no merecía ciertamente: le envió una comunicacion por medio de un oficial, en que le intimaba en términos bruscos y groseros, que depusieran las armas. Zumalacárregui tomó el pliego, y como leyese en el sobre: *Al jefe de los bandidos*, se le devolvió en el acto al oficial portador, encargándole con dignidad, que dijese á Quesada: «que como no iba dirigido á ningun jefe del ejército carlista, ninguno había querido abrirlo.» En fin, viendo aquel la indecision de las tropas de la Reina, tomó la iniciativa, y comenzó el ataque con un movimiento de flanco, para caer por la espalda de las eminencias de Uzagárate.

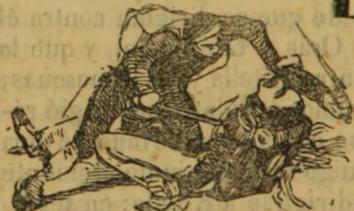
Hubo por una y otra parte una obstinada resistencia, y el triunfo hubiera sido completo para los carlistas, sin el inesperado refuerzo de la division de Jáuregui. Sucumbieron en esta jornada muchos valientes, entre ellos el capitán de la Guardia Real D. Leopoldo O'donell, jóven de grandes esperanzas; fue tambien hecho prisionero el oficial Clavijo, con 83 soldados, y una compañía entera de la Guardia Real Provincial

y todos fueron fusilados al dia siguiente, por haberse negado Quesada bruscamente al cange que Zumalacárregui le propuso.

Zumalacárregui no se dormia sobre sus laureles. Al saber por sus confidentes, que Quesada tenia el proyecto de apoderarse de la Borunda, y que emprendia la marcha, se situó á la entrada del valle de Gallinas, sobre las eminencias que llaman las Dos Hermanas, y sorprendió su aspecto, sin duda á aquel general y á Lorenzo que le acompañaba, pues al pronto se quedaron suspensos; mas por evitar las degradantes deducciones que se sacarian de retirarse sin quemar un cartucho, se decidieron á atacarle; y el resultado fue dejar el suelo sembrado de cadáveres: en cuya vista abandonó Zumalacárregui el campo, pues su plan no era otro que el de ir diezmando los soldados de la Reina.

### CAPITULO VII.

*Sorpresa de Muez.—Entra D. Carlos en España.—Acción en el Puerto de Artaza y en los campos de Larrion.—Sorpresa de Carondelet en Viana.*



**E**l 26 de mayo á las dos de la madrugada se vió sorprendido el cuartel general de Muez, donde tranquilo se hallaba durmiendo Quesada; y aunque dos compañias del primer batallón de Soria que vijilaban dieron la voz de alarma, y pudieron salir y tomar posiciones y algunas casas las tropas de la Reina, mandadas por el general en jefe y por Moscoso, Meer y Linares, haciendo jugar la artillería, tuvieron al fin que ceder y retirarse á Pamplona, dejando el campo á los carlistas.

A fines de mayo abandonó D. Carlos el Portugal y á principios de julio salió de Inglaterra, atravesó la Francia, y llegó á Elizondo el dia 10, sin mas acompañamiento que su secretario y un individuo de la junta gubernativa. Inmediatamente escribió á Zumalacárregui, que se presentó el 12, y despues de dirigirle algunas palabras que rebosaban gratitud y satisfaccion, se arrojó en sus brazos, le estrechó contra su corazon y le manifestó con toda la elocuencia del sentimiento, cuán dichoso se creia al ver á su lado al diestro y entendido general, que dando una sabia direccion al entusiasmo de aquellas provincias, había convertido en un ejército las desordenadas masas de sus numerosos partidarios. Al dia siguiente pasó revista en Benuz, á seis batallones y tres escuadrones, que entusiasmados, lo mismo que poblaciones en-

teras que concurrian á disfrutar de la presencia de su rey, se entregaron por unos dias al júbilo y á la alegría.

Desde entonces se fue creando una numerosa córte, y aumentándose extraordinariamente el entusiasmo; pues se engañaron cuantos creyeron en aquel dicho de un ministro visionario, de que D. Carlos en Navarra no era otra cosa que *un facioso mas.*

Tambien contribuyó á alentar á la vez á los liberales la presentación simultánea de Rodil en las provincias, con catorce mil hombres, refuerzo no despreciable, que Zumalacárregui se propuso dividir, como lo consiguió, aconsejando á D. Carlos que obrase siempre separado de él, pues Rodil cifraba su mayor empeño en perseguir el cuartel real; y así es que se dedicó á este objeto, enviando dos columnas contra Zumalacárregui. Equilibradas así las fuerzas, no tuvo inconveniente en presentar una acción en los puertos de Olozagoitia y Cicurdias; acción de dudoso éxito; pero convenció el general carlista de que Rodil no tenía superioridad sobre él.

A este triunfo dudoso, siguió otro completo, á todas luces, para las tropas carlistas, el 9 de agosto. Rodil se entretenía, por decirlo así, en hacer la guerra á los pueblos, y pronto logró Zumalacárregui vengar tantos desafueros, por medio de una sorpresa, en que los liberales creyeron no podría pensar ya, á causa de la activa persecución que sufria, pero lo cierto es que noticioso de que se dirigían contra él tres columnas á las órdenes de Figueras, Oráa y Carondelet, y que la de este último se hallaba en Galdeano, entre Estella y las Amescuas, al paso que Oráa y Figueras estaban próximos á Eulate, se dirigió rápidamente al pueblo de Eraul, situándose en lo mas elevado de una montaña, desde donde distinguió al enemigo formado junto al puente y pueblo de Larrion, dando muestras de dirigirse á Estella: en seguida dispuso se emboscasen algunas fuerzas en las Peñas de san Fausto, por donde debía penetrar aquel candoroso general, quien deseando pasar terreno tan quebrado, precipitó el paso de su tropa, cuya vanguardia de caballería no descubrió la emboscada, ni él la sospechaba. Una descarga de fusilería á quemarropa, anunció á los pobres soldados de la Reina que eran víctimas de una sorpresa: cuatro batallones, al mando de Goñi, salieron de la espesura y acometieron á la bayoneta, consiguiendo arrollar la división, y haciendo horrible estrago en su vanguardia y en el centro. La retaguardia era rudamente acometida por algunas compañías de preferencia, que dirigía el primer ayudante general de estado mayor, D. Juan Antonio Zariátegui, las cuales, cortando el paso del puente de Larrion, obligaron á precipitarse al río á los soldados que á toda costa quisieron evitar el caer en manos de sus enemigos. Los mas de los oficiales de la Reina fueron muertos ó prisioneros entre ellos el conde de Vía-Manuel; y finalmente,

se aprehendieron un considerable botin y cuantiosas sumas de dinero, que el desprendido Zumalacárregui hizo distribuir entre sus bravos soldados.

Es de observar que tratando este de conservar la vida al prisionero conde de Vía-Manuel, propuso á Rodil su cange por un oficial y algunos soldados carlistas que tenia en su poder; y habiendo recibido la contestacion de *que los había pasado por las armas*, se dirigió á D. Carlos, quien no consideró justo conservar la vida á un grande de España, cuando se fusilaban oficiales de un rango inferior y soldados hechos prisioneros con las armas en la mano. Así que, tuvo el sentimiento de dejar que sufriera el jóven conde esta pena.

Otra emboscada tambien de éxito feliz para las armas carlistas, tuvo lugar poco despues. Oráa y Figueras deseaban vengar los descalabros sufridos, y marchaban siempre en busca de Zumalacárregui, quien emboscado con siete compañías en la sierra, al pasar aquellos por Eraul para Abarzuza, los cargó de improviso, arrollando su retaguardia y haciéndose dueño de un respetable botin.

Finalmente con noticia de esta nueva accion, redobló Rodil su persecucion, y vióse Zumalacárregui en la necesidad de correrse hacia la estremidad de la ribera de Navarra, inmediata á Alava, en cuyo caso concibió la idea de sorprender á Carondelet, que se hallaba en Viana; y salvando en pocas horas las diez leguas que le separaban de él, en la mañana del 4 se hallaba al frente de Viana con tres batallones navarros, dos compañías de guias, y el regimiento de lanceros. Vióse el general Carondelet, cuando menos lo pensaba, con tan osado enemigo cerca de sí y puesta la guarnicion sobre las armas, tuvo que ceder al arrojo de los enemigos, aunque el punto ofrecia muy buenos medios de defensa: se refugiaron en la iglesia y varias casas, y replegados los restos de sus 600 infantes al camino de Mendavia, creyendo que allí, al abrigo de 450 cazadores de caballería de la Guardia Real podrian rehacerse, mas los lanceros tuvieron un feliz estremo, y triunfaron completamente; siendo el resultado 300 muertos, 76 prisioneros, entre ellos siete oficiales, la bandera del regimiento de Castilla, caballos, equipajes, armas y otros efectos.



## CAPITULO VIII.

1835.— *Emprende Zumalacárregui el sitio de Bilbao.—Primer dia de ataque.—Se da un asalto desgraciado el segundo dia.—Al dia siguiente sale herido mortalmente y le conducen á Gegama.—Muerte de Zumalacárregui.*



BEDECiendo Zumalacárregui á órdenes superiores marchaba el dia 12 de junio al frente de catorce batallones y un tren de batir, compuesto de dos cañones de á 12; uno de á 6 de hierro; dos de á 4; dos obuses y un mortero; advirtiendo que ni las municiones ni los artilleros, eran suficientes para la empresa que se trataba de acometer. A las once de la noche llegó á Puentenuovo, donde estaba acampada la division de Eraso, que de antemano bloqueaba la villa. Allí supo Zumalacárregui que la guarnicion de Bilbao constaba de 4,000 hombres y los milicianos, con abundantes municiones, 40 piezas, las mas de grueso calibre, y muchas obras esteriores.

Al dia siguiente, despues del toque de diana, principió un fuego de guerrillas y algunos cañonazos de la plaza: se establecieron tres baterias en el punto de Miravilla, camino de Munguía y Begoña, y otra frente del Circo; y contestaron los sitiados con la ventaja que les daba su artilleria. No tardó Zumalacárregui en conocer que eran vanos sus esfuerzos por abrir brecha, pues quedaron destruidas todas las baterias, y para mayor desgracia se rebentaron los dos cañones mayores.

El dia 14 despues de diana comenzó de nuevo el cañoneo con el mayor ahinco para abrir brecha: á las cinco de la tarde ya no contestaba la bateria del Circo, y Zumalacárregui que vió desmontadas algunas piezas y destruidos parte de los parapetos, dió órden para el asalto, y marcharon hasta el foso con el mayor denuedo, donde infinitos encontraron la muerte, asiéndose del mismo fusil que veian asestado á su pecho. Fueron rechazados y se replegaron á la linea.

Amaneció el dia 15; dia terrible para la causa de D. Carlos, y orgullosos los defensores de la plaza por el triste resultado del asalto, comenzaron muy temprano sus disparos contra las baterias enemigas. A ellas se dirigió Zumalacárregui desde la casa que ocupaba en el barrio de Bolueta, y vió prácticamente que habian destrozado un mortero, arruinado una bateria y hecho callar los fuegos de otra. Mientras

se impacientaba el general á la vista de este destrozo, que no le permitia proceder á un nuevo asalto que le reconquistase el prestigio de sus armas, le ocurrió la idea de subir á un punto elevado para observar las nuevas dificultades que le podian oponer los reparos hechos por el enemigo durante la noche; y ninguno mejor que el palacio de Begoña, situado á cien varas de la villa. Desde uno de sus balcones se puso Zumalacárregui á examinar toda la linea enemiga con el anteojo que le regaló lord Elliot. Era entonces vivísimo el fuego que hacian los sitiados, cayendo una lluvia de balas sobre el mismo palacio; y los oficiales de estado mayor que acompañaban al general, le advirtieron desde la sala el inminente peligro en que estaba, suplicándole se quitase del balcon. Zumalacárregui embebido en sus meditaciones, de nada hacia caso: dió algunas órdenes á la tropa sobre la colocacion de una bateria, y se disponia á retirarse hacia la sala, diciendo á sus oficiales como para distraerlos, que no queria dejarse matar sin utilidad, cuando una bala de fusil le hirió en la pierna derecha, á la distancia de dos pulgadas de la rodilla. Corrieron los oficiales á sostenerle, y le sentaron en una silla privado de sentido: llamaron al médico Grediaga. Hecha la primera cura, mandó el general que le condujesen al punto á Cegama, y atendido el carácter del que dictaba esta orden imprudente, nadie se atrevió á contradecirle, ni la pudieron revocar las súplicas de sus amigos y su hermano D. Eusebio, á quien encargó que fuese á Ormaistegui para tranquilizar á sus parientes.

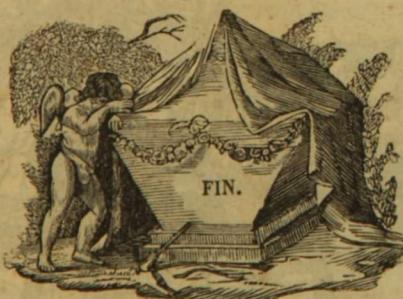


Colocado Zumalacárregui en unas tablas, levantáronle algunos granaderos; y emprendieron el camino durante el cual iba fumando y con-

versando con sus conductores, y al anochecer llegaron á Durango, donde enterado D. Carlos del estado y circunstancias de la herida: recomendó al médico apurase los recursos del arte, para conservar al hombre de quien dependia el triunfo de su causa.

Los facultativos se reunieron en consulta y resolvieron no extraer la bala, porque la herida no estaba supurada; pero el paciente, que atribuia á la bala los dolores generales que experimentaba, quiso resueltamente que se la estrajesen, lo que se hizo, no sin causar un sensible destrozo en la pierna. Todos concibieron desde entonces lisonjeras esperanzas que no tardaron en desvanecerse; pues apoderándose del enfermo un gran temblor, hubo que administrársele el Viático y Estrema-Uncion que recibió con todo su conocimiento respondiendo él mismo á las oraciones del sacerdote. Se llamó á un escribano que preguntó al general: qué dejaba y cuál era su voluntad. *Dejo mi muger y tres hijas, que es lo único que poseo.* Y qué más? replicó el escribano. *Nada, nada mas.* Algunos instantes después, á las diez y media de la mañana del 24 de junio, exhalaba el último suspiro en los brazos de su sobrina el ilustre guerrero cuya victoriosa espada y cuyo genio militar conquistaron para la causa carlista tan gloriosos lauros.

Se celebraron sus funerales al dia siguiente con la mayor pompa posible, presidiendo el duelo el mariscal de campo D. Joaquín, Montenegro en nombre de D. Carlos, quien recompensó los servicios del difunto con los tres entorchados de capitán general y la merced de grande de España, que con el título de duque de la Victoria, conde de Zumalacárregui, hizo estensiva á su esposa, sus hijas y sucesores.



1-2-nº36  
R. 432

